

CHARLES RENNIE MACKINTOSH: LA SILLA, EL NIÑO Y EL PIEL ROJA.

FRANCIS GARCÍA COLLADO

Para que un edificio pueda perdurar, es necesario que se asiente. Por ejemplo, en una construcción, los paramentos sin rebozar nos permiten especular sobre el posicionamiento de los sillares. Sobre la ligazón producida por las piedras situadas en soga o la contundencia del orden aún más sólido de un asentamiento en tizón.

La colocación a lo largo o a lo ancho de las piedras, hacer nudos de ladrillo o de sillares responde a la clara intención de crear un espacio y protegerlo; hacerlo resistente.

Entre sentarse y asentarse hay una clara diferencia, lo primero, es bien sabido, puede deberse a la fatiga, lo segundo, puede responder a una imagen civilizatoria. Imaginar sentado a un soldado de pesada armadura del medioevo o a un hoplita espartano no puede producirse más que en un estadio de ausencia de amenaza. La imposibilidad de desenvolverse y revolverse a tiempo para poder recuperar raudo la verticalidad para usar el mandoble convierte la imagen del guerrero sentado en una imagen calma.

El enemigo no se sienta, la impaciencia de aquel que da vueltas en derredor nos muestra algo semejante a la imagen del can vigilante del jardín de un chalé: inquieto, cobarde, desubicado pero obligado a defenderse de su propio miedo.

La acción de sentarse se manifiesta como el primer paso de la confianza:

—Pase y siéntese— nos dice nuestro futuro jefe antes de hacernos firmar un contrato miserable.

Y es que, uno no debería aceptar sentarse de buenas a primeras; sentarse es restar por debajo de alguien, solo los inconscientes o los valientes pueden sentarse sin tapujos.

Sentarse denota ausencia de miedo cuando es voluntario, cuando es fruto de un imperativo recuerda al gesto canino de tumbarse panza arriba, de entregarse, de perder la verticalidad, requisito humano de integridad por excelencia. Sentarse requiere maestría, es un dejarse llevar, un intento de ponerse a la altura del Otro. La posibilidad de mirar a los ojos sin utilizar el resto del cuerpo pero recordándole al interlocutor mediante el lenguaje corporal que no somos una amenaza.

La silla, es un elemento civilizatorio. Por ello un edificio realizado a base de sillares resulta tan sólido. Hablamos de sedes gubernamentales o de partido, porque en ellas se sientan las personas sin mostrar, supuestamente, agresividad física y ello nos recuerda su raíz: *sedere*.

La cátedra es un ataúd, un lugar al que únicamente le falta un epitafio, por ello las universidades tienen ese olor a rancio, a cementerio. La cátedra es una silla para los doctos, por ello parece pertenecer al estático mundo de las Ideas. Sin embargo, los taburetes regulables o las sillas de despacho a gas son el elemento igualador por excelencia, que me perdone Manrique, pero “la gran igualadora” parece injusta si se la compara con la ruleta que semeja un taburete giratorio donde poder mirar de tú a tú al ser más canijo y lograr que las miradas eliminen el resto del cuerpo. Esas sillas, son máquinas perfectas de creación de confianza.

Los taburetes son así, *subsellium*, banquetas para el común de los mortales, lugares de reposo tras la jornada, o espacios de cuestionamiento del “uno mismo”. Basta recordar la aparente inacción del cuerpo que Rodin supo mostrar en *Le penseur* al realizar la figura de un hombre sentado. La representación, la obra de arte que exhibe la acción característica del hombre, la acción que en

realidad no puede verse como es el pensar de ese poeta enviado a los infiernos.

La diferencia entre barbarie y civilización se muestra en sus cabezas, en sus dos jefes. El primero responde a la categoría de la acción, a la imagen bárbara del general que avanza presto con su ejército, es decir de pie. La segunda responde a la figura del presidente como portavoz y cabeza de estado, el presidente resulta ser pues, ese que está sentado, ese que está sentado delante del resto, en definitiva: el que pre-side. (*sede*). En lo que parece la inversión foucaultiana del principio de Clausewitz que dice: la guerra es la continuación de la política por otros medios. Quedando así en su vertiente más civilizada: la política es la continuación de la guerra por otros medios.

Ya tenga su origen en el asiento regio (*solio*) de la solidez (*soliditas, solidum*) o en el mero hecho de sentarse (*sedere*), lo que queda claro es el intento estático; el paso siguiente a sentarse es el de asentarse, como un edificio presto para la eternidad.

La silla (*sella*) tiene pues su origen en el *subsellium*, en el sentarse, en el desnudarse del miedo, en el recuerdo de una comodidad impropia del mundo animal según la cual uno podría restar inmóvil en un lugar determinado sin peligro aparente; sentarse es entregarse. Es por esto que hemos importado el modelo del party inglés a los convites castizos, para obligar a crear la tensión del momento, a crear juegos de máscaras, paseos de apariencias libres del sosiego pausado de los comensales sentados. Estar de pie resulta fructífero para los roces superficiales, estar sentado asienta, crea lazos, posibilita la conversación. En las bodas resulta óptima la importación del modelo superficial del *party* porque obliga a los invitados a deambular en el pica-pica para hablar de la belleza de los novios; la silla posibilitaría la crítica, hablar demasiado de algo superficial, es bien sabido, desemboca en la crítica negativa cuando no directamente en la chabacanería. A la vez, la ventaja del modelo del *party* es más fructífero para los negocios, más desenfadado, más ligero.

Sentado entre los fuertes brazos, pero siempre fríos, de un sofá, uno puede entregarse a las caricias producidas por unos dedos como si en realidad fueran estos los brazos, los cálidos brazos y los abrazos ansiados.

Es por eso que a uno le corta la respiración una escultura y a otros la circulación sanguínea un libro de sillas de Mackintosh. (Charles Rennie Mackintosh 1868-1928).



Las sillas no son inocentes, las sillas pueden ser elementos de tortura, la calidez eléctrica de la pena de muerte, una náusea tremenda, un golpe contradictorio, un asentar la justicia *ab aeterno*.

Las sillas de amplio asiento son mundos a recorrer, las sillas de Mackintosh con amplios asientos son las llanuras por las que un niño se mueve en sus sueños, es el lugar donde a uno le vendría el deseo de ser un piel roja, como a Kafka.

Mackintosh parece necesitar situarnos ante la ingenuidad de la silla; enseñar, mostrar, hacer salir al niño que lleva dentro mediante la creación de un asiento de extensas dimensiones en las que si uno se sentase pegado al respaldo, sus pies acabarían colgando del asiento sin tocar al suelo. No tocar con los pies en el suelo, recuerda a la mudez del infante, al *infans*, a la expresión tan catalana de *no tocar de peus a terra*. La pérdida de la verticalidad, la ausencia de equilibrio, las sillas están hechas como asientos individuales, por ello, una silla con gran asiento resulta una pradera insondable, un frío que recorre el espinazo y nos deja solos ante el mundo, la silla es el vehículo del que el niño no desea apearse.

Cerrar los ojos y: sentarse pegado al esqueleto de la silla, apretar la columna vertebral contra el respaldo, como si este fuera el mástil de un violoncello que entonará las notas del alma del niño.

Si la silla tiene gran asiento, sin importar el material, uno puede sentir el cosquilleo del miedo que le obligará a sentarse como un indio, a recoger los pies, a no dejarlos colgando, porque nunca se sabe el número de horas extras que hacen los monstruos en la mente de un niño.

Soñar desde una silla, mirar el respaldo y ver el palo mayor de un navío, como si fuera un árbol en el que en lo alto hay una roja manzana sacada posiblemente de uno de estos cuentos: Blancanieves o la Biblia.

Un niño desearía también la protección de otra de las sillas de Mackintosh, de esas sillas ovaladas cuyas paredes de blanco inmaculado permiten gozar de la actividad y la ataraxia de la protectora esfera del huevo. Además, la silla parece una mancha en la habitación, un punto negro, una cápsula invisible en la que guarecerse. El sueño de un niño es refugiarse en ese estado de nirvana intrauterino en el que la protección es objetivo y realidad al unísono. La silla, esa silla, es la muestra del origen del pensamiento, de la ruptura de un principio mental de individuación de especie.

Las sillas de Mackintosh impiden mirar a los lados, la protección intrauterina es así. Los brazos fuertes impiden al niño mirar hacia los lados. Pero aún más interesante resulta comprobar que posibilita el mirar hacia delante o hacia arriba. Una realidad para el niño y para el adulto. El adulto mira hacia delante, se levanta de la silla y entra en acción, el niño mira hacia arriba, se encuentra en ese estado primitivo en el que lo divino todavía no ha sido tocado por la ilustración, no hay salida de la minoría de edad.

Como ya sabemos, para Pascal el problema principal del hombre consistía en que éste no podía quedarse quieto en una habitación.

El problema del hombre se sitúa todavía en unos orígenes antropológicos tremendamente primitivos, el refugio en Dios, en las alturas, resulta tan pálido como la imagen de un niño que busca la protección levantando la cabeza para dirigirse a su padre; ese ser tan inconmensurable. No es de extrañar que miremos a las alturas porque cuando el hombre empezó a talar los bosques, hizo desaparecer la protección natural de los árboles y la mirada se perdió buscando cobijo en lugares más elevados ante el desamparo producido por la pérdida de las frondosas copas de los árboles. Ahora, la silla puede transformarse en la protección mundana que impide que al niño le toquen los pies en el suelo para librarse de los aludidos monstruos que pueblan las mentes de los pequeños.



Las sillas de Mackintosh nos permiten volver a nuestros orígenes primitivos, centrarnos en los dos pasos posibles tras la salida del útero materno: restar mudos como un niño orando y añorando la subida a los árboles, o levantarse y andar como un Lázaro resucitado al que no le queda más que abrirse al mundo mediante el lenguaje. Al final todo es lenguaje, símbolos, es por ello que en realidad, cabe destacar que el carácter lego de la obra de Mackintosh se pierde cuando uno es consciente que los asientos anchos en realidad no albergan los deseos reprimidos de un niño, sino que son un espejo que muestra el espíritu carcomido de una época puritana en la que las sillas debían dar cobijo a los inmensos vestidos de las señoras, esos vestidos hipócritas restos de la época victoriana, que ocultaban las formas en previsión de erradicar la voluptas.

Una lástima, pero seguramente siga presente el reflejo del niño y su sueño recurrente de cabalgar en la silla, sentado frente al respaldo de la silla sujeto a este como si fuera la crin del caballo, como un indio piel roja, sin montura, sin espuelas, sin riendas...